

Reflexiones a partir del documento "Filosofía, Crítica de los saberes primer año de bachillerato, reformulación 2006 del programa oficial de la asignatura Filosofía. Prof. Daniel Galán Mussio

En el texto del programa hay varios aspectos que posibilitan la reflexión desde la práctica docente. Una de ellos es la diferenciación ya marcada entre dar una clase de filosofía y procurar que suceda lo filosófico en el aula, sobre eso se puede notar en la fundamentación del programa un preocupación de que ello ocurra cuando se menciona el “aprender a pensar” como formador de una subjetividad particular, propia de quien pasa por un curso de filosofía autentico, que no sea solo acumular una serie de informaciones y datos en los estudiantes, sino tratar de lograr una actitud reflexiva y crítica sobre la realidad de todos los protagonistas implicados ¡por supuesto que esto incluye al docente! Este aspecto tampoco deja de lado la necesaria inclusión de contenidos sobre los conceptos y autores más relevantes de la historia de la filosofía. Pero pone el foco y la atención en el proceso mismo y su devenir en el aula.

Otro aspecto que me pareció interesante esta expresado también en la fundamentación, cuando se apela a la tradición filosófica de Vaz Ferreira, citando su obra *Lógica viva*, rechazando la aceptación de sistemas cerrados y dogmáticos, provocando el surgimiento de un pensamiento diferente “el pensar por ideas a tener en cuenta”, estimulando prácticas instituyentes nuevas, más reflexivas y críticas que no reproduzcan modelos antiguos, agotados y obsoletos. Lo cuál estimula y dispara nuevos procesos reflexivos, en una espiral creciente de pensamiento más complejo, enriquecido con otras lógicas diferentes de las tradicionales. Recomienda una práctica docente abierta y flexible a nuevas propuestas didácticas, metodologías y herramientas novedosas, creativas quizás aún no exploradas ni puestas en práctica, pero que habilitan como lo señalaba Larrosa la vivencia de experiencias que atraviesen y nos atraviesen.

Otro aspecto, que pensado desde la práctica docente puede habilitar reflexiones y un cuestionamiento profundo, es el planteado en los objetivos generales, en primer lugar “conmover filosóficamente” instalando la sospecha, el malestar, la incertidumbre, la complejidad y la penumbra, considero que plantea un gran desafío para la práctica docente, ya que esto esta muy relacionado con lo que plantea Larrosa sobre la experiencia y la pasión, sobre que “algo nos pasé”. Quizás este aspecto sea el más difícil de vivenciar en un práctica, ya que precisamente en las instituciones en donde llevamos a cabo nuestras prácticas, existe una fuerte tendencia a instituir prácticas desubjetivantes muy arraigadas, que consolidan la falta de preocupación por el colectivo, y no colaboran a generar las condiciones, de posibilidad de pensamiento metacognitivo crítico sobre la propia práctica docente, como menciona el programa en su fundamentación. Este es un aspecto muy importante, para que en la tarea docente se pueda ir realmente más allá del pensamiento crítico general sobre los contenidos, instalando la conmoción y profundizando el propio proceso de aprendizaje. El planteamiento de la conmoción como elemento disparador del ejercicio filosófico, instalando la sospecha donde hay ingenuidad, el malestar donde había comodidad, la complejidad de lo que se creía simple y la penumbra donde había claridad excesiva, esta planteado como uno de los objetivos del programa oficial de 4° año.

Llevado a mi propia práctica y experiencia personal, estos son elementos que pude observar en la práctica y que se pueden presentar naturalmente o de forma imprevista, en ocasión de algún dialogo problematizador o debate interesante en clase. Cuando en el aula se hablan de determinados temas sin su problematización correspondiente, es muy común, por ejemplo, que se opine ampliamente y se tome posición sin la información adecuada sobre temas de actualidad. En ese caso es interesante poner en práctica este tipo de objetivos, generar una conmoción productora y creadora de nuevos saberes transformadores, antes ignorados. Me paso un caso concreto, al plantearse un debate por los refugiados sirios, y las diversas posiciones que sobre el mismo tomaba ligeramente cada uno de los estudiantes, de forma acrítica, desinformada y sin tener en cuenta toda

la complejidad subyacente de esa realidad. En este caso el resultado del debate fue conmovedor, removió e instaló sospechas, incertidumbres y malestar donde antes había comodidad y certezas.

Por ejemplo, Vaz Ferreira en uno de sus textos, señala los dos errores que se cometen en la enseñanza de la filosofía. El error lógico como una falacia de grado, donde se sostiene que si algo no se puede hacer bien y perfecto no debería hacerse. Este es un razonamiento que anula la voluntad de antemano, y habilita solo a aquellos pocos iluminados que fueron formados para lograrlo desde chicos, es un supuesto muy común que el docente aplica en sus prácticas.

Mientras que el otro es el error pedagógico, en el sentido de solo enseñar lo prácticamente útil, ignorando los grandes interrogantes y preocupaciones de los estudiantes, es como una especie de simplificación para adaptarla y bajarla a un nivel más elemental y accesible para el ciudadano medio. Este aspecto es muy interesante, ya que Vaz Ferreira allí defiende que enseñar a ignorar es tan importante como enseñar a saber.

En el caso del “aprender a pensar” señalado anteriormente en el programa, Laura Agratti señala que para enseñar a aprender, hace falta dejar aprender al otro, esto implica, dejar que el otro se transforme, a la vez que nosotros también nos transformamos, si estamos dispuestos a dar esas distancias y tiempos necesarios para que lo filosófico ocurra, y la experiencia pasé y nos pasé verdaderamente en el aula, tal como lo sostiene Larrosa. Cerletti, también plantea la desvinculación entre el cómo y el qué, en el mismo sentido que lo plantea el programa oficial, donde los conocimientos pedagógicos del docente respecto a la disciplina, sumado al dominio de ciertos recursos didácticos consolidan un modelo tradicional de trasposición didáctica. En este modelo el profesor se limita a explicar al estudiante lo que este no sabe, y mediante algún tipo de evaluación comprueba si aprendió o no. Este mismo autor en otro de sus textos, aludiendo a la construcción de un curso de filosofía, hace la distinción entre dos modalidades, un curso situado “en” la filosofía, y otro desarrollando “sobre” la filosofía. En el primer caso se trata de un espacio común de aprendizaje, mientras que el segundo se plantea desde los contenidos acotados por la estructura curricular de los programas oficiales. Aunque este aspecto plantea cierta contradicción, ya que si bien en el mismo programa se promueve un curso del primer tipo, las condiciones de posibilidad para que esto ocurra realmente quedan a criterio y responsabilidad del propio docente en su práctica particular.

Hacer filosofía, filosofar, preguntar y preguntarse, como señala el programa “tomar distancia de los valores, saberes y prácticas dominantes” conduce a una transformación de todos los actores involucrados. Este último aspecto también es planteado por Freire en su pedagogía de la pregunta, donde afirma que los profesores contestan a preguntas que los alumnos no han hecho. Esa es la sensación que me queda. Además pienso que se hizo un gran trabajo de adecuación y síntesis de los contenidos por parte del equipo docente que lo armó. Es un programa que me gusta mucho y que he tenido la suerte de vivenciar su implementación. Aunque si bien lo comparto en casi todas sus líneas, me parece un poco difícil llevar a cabo algunos objetivos dada la rigidez institucional, y los pocos espacios que esta posibilita, sobretodo en cuanto a la función de control y regulación de la conducta de sus integrantes. Como menciona Lidia Fernández, las instituciones son complejas y encierran todas las paradojas de la vida social.

Como también señala Freire, enseñar exige respeto a los saberes de los educandos pero ¿esta consideración se propicia en el aula? En ningún lado se menciona el reconocimiento de los saberes del otro educando, como condición necesaria de transformación y crecimiento personal legítimo. Se me plantea la interrogante, de hasta que punto se pueden desarrollar procesos creativos emancipadores, y como señala Langón en "Adolescencias de la Filosofía" con la metáfora de las armas cargadas ¿que tan viable es esto en secundaria? ¿o tan solo se puede hacer un simulacro? El aspecto donde se habla de emancipación y de lo dialógico, también me genera cierta incertidumbre y nuevas interrogantes en cuanto a su posibilidad de realización. Se puede decir que estamos hablando de la misma emancipación planteada por Freire, donde la relación jerárquica y de poder maestro-alumno se invierte. ¿Ambos aprenden uno del otro en igualdad de condiciones?